

CRÓNICA DE UNA GUERRA SECRETA. NAZISMO
NA AMÉRICA: A CONEXÃO ARGENTINA; de Sergio
Corrêa da Costa, Río de Janeiro/San Pablo,
Editora Record, 2004.

Ignacio Klich

Universidad de Buenos Aires

Ex diplomático de carrera, el brasileño Sergio Corrêa da Costa fue embajador en Canadá (1962-66), Gran Bretaña (1968-74), Naciones Unidas (1975-83) y Estados Unidos (1983-86). Además ejerció interinamente un rol de conducción en Itamaraty (1967 y 1968). Esa distinguida trayectoria, y el inicio de su actuación internacional en Buenos Aires, adonde estuvo destinado por un bienio desde 1944, son algunos de los elementos biográficos que confieren indudable interés a esta amplia obra.

Para historiadores y otros beneficiarios del género de la memoria diplomática, el apetito despertado por este atractivo libro se ve incentivado por el posgrado en historia de Corrêa y su preadelanto implícito que no busca igualar los valiosos escritos de Sir David Kelly, por mencionar a otro de los enviados acreditados en la Argentina en la que le tocó actuar. Que Kelly haya sido embajador allí donde Corrêa hacía sus primeras armas como cónsul adjunto, cobertura aparente para otras labores, no es el tema. Las memorias de Sydney Robertson, agregado inglés durante el período bélico, demuestran, por ejemplo, que las asimetrías de rango no le restan valor a sus observaciones. Más bien, la diferencia a priori con éstos reside en el hecho de exhibir Corrêa un interés científico. Propone difundir «el resul-

tado de investigaciones» (p. 12) sobre la penetración nazi en el continente, sustentadas por «documentación alemana capturada» y del servicio secreto inglés (p. 14). Esto escapaba a Kelly o Robertson, que tampoco se presentaban como formados en historia.

La apetencia generada, empero, es efímera. Empieza a disiparse rápidamente con el temprano aporte de precisiones cruciales. El libro carece de «rigor académico» (p. 12). No sólo reflejado en su estilo «coloquial» (p. 12), lo rehuido también cubre la «atención prioritaria» (p. 14) dispensada a papeles germanos e ingleses. Esta no aparece reflejada en el texto, cuyo aparato erudito remite constantemente a fuentes secundarias.

Si bien ello puede parecer curioso para un historiador la franqueza de su autopresentación acota el margen de sorpresa. Allí Corrêa aporta más cartas de valor para saber cómo leerlo. Revela que su objetivo es alertar a los jóvenes sobre la amenaza a un Brasil aliadófilo representada por una Argentina enredada «peligrosamente en las tramas del nazifascismo» (p. 11), y más allá por su predecesora, tal como surge de la contratación de 1828 a mercenarios germanos para que actuaran en Brasil a favor de Buenos Aires. Otro objetivo, posiblemente alarmista, es el uso de todo esto para advertir que «nada impide» la repetición de una amenaza argentina tal.

De volver sobre las fuentes británicas, éstas ilustran la «pasión» (p. 12) de Corrêa, el espionaje, actividad que no parece haberle sido ajena en la Argentina. Sin ser detectada su identidad ficticia —«Gutiérrez, Juan, nacido en Corrientes» (p. 48)—, Corrêa subraya algo mencionado antes: su «penetración de los recintos más secretos del Archivo General de la Nación y sigiloso fotografiar de documentos altamente comprometedores del gobierno argentino» (p. 21), dado el «interés vital para Brasil de reunir el máximo posible de información sobre lo que ocurría» (p. 44) en su derredor.

Quizás llame la atención que a pesar de su posgrado, el declarado entusiasmo por los asuntos de inteligencia, y su dependencia casi exclusiva de fuentes secundarias, Corrêa ignore, o emplee selectivamente, trabajos científicos de nota. Un verdadero *state of the art* sobre el espionaje alemán y contraespionaje norteamericano en la Argentina, entre otros, la obra de Leslie Rout y John Bratzel, por ejemplo, no es citada, ni listada.

Lo mismo acontece con otros trabajos significativos. Tal el caso de Robert Potash, editor y comentarista de papeles del GOU. En su portada Corrêa cita «Caído el Brasil, el continente americano será nuestro» y, más adelante, «la lucha de Hitler en la paz y la guerra nos servirá de guía» (p. 11). Ambas leyendas serían de Juan Perón, como autor de un manifiesto del GOU del 3 de mayo de 1943. Potash, en cambio, expresaba dudas respecto de ese manifiesto, por no haberlo hallado entre la documentación del GOU a la que accedió. La reconocida exce-

lencia del estudio de Ronald Newton de la «amenaza nazi» en Argentina es pasada por alto cuando se considera un mapa alemán de Sudamérica, con una Argentina de tamaño semejante al virreinato del Río de la Plata. Reproducido y presentado como obra del Tercer Reich, Corrêa sostiene que le «parece legítima» (p. 293) la presunción de una participación argentina en la confección de tal cartografía. ¿Cómo conciliar la caracterización de Newton como uno de los «investigadores más minuciosos, incluso obsesivos, de la infiltración nazi» en la Argentina (pp. 234, 246), con el descarte que éste hizo de ese mapa como parte de un ejercicio de desinformación británico? Otros documentos han ingresado al dominio público desde que Newton escribió lo antedicho a comienzos de los años 90, pero Corrêa no demuestra qué nueva evidencia permite rever esa conclusión.

Observación también válida para diplomáticos, periodistas, etc., el trato acordado a Newton, Potash, o Rout y Bratzel íntima que cuando los académicos no lo convalidan Corrêa parece querer barrer debajo de la alfombra sus obras. De hecho, entre las fuentes secundarias consultadas se destacan, por lejos, autores ajenos a la historia. Corrêa incluso califica a varios, seriamente cuestionados, como «investigadores principales» de esta temática, retrato que corre el riesgo de desfondar sus apreciaciones sobre todos.

Escasamente sorprendente, en el asunto de los documentos argentinos que sin duda fueron facilitados para el arribo de nazis, Corrêa recurre a «investigadores idóneos»

que sostienen que «antes de finalizada la guerra Perón le entregó al agregado militar de la embajada alemana, von Leers, 8.000 pasaportes argentinos y 100.000 cédulas de identidad» (pp. 435, 499). Hace más de una década que la literatura científica permite comprobar que hasta el tardío corte argentino con el Eje jamás existió aquí un *attaché von Leers*. Tampoco mencionado, Jacob Tsur, primer enviado israelí a la Argentina peronista, declaró en 1983 que las alusiones a millares de documentos para los nazis eran una verdadera exageración. A su turno, los idóneos anónimos no son otro que Jorge Camarasa. Varios estudiosos alumbraron las minusvalías de su obra periodística, y ello antes de que Corrêa apareciera decuplicando el número de cédulas mencionadas por Camarasa.

Paralelamente, las interesantes viñetas aportadas en su «evocación de experiencias personales» (p. 12), aunque pocas, vienen acompañadas por importantes yerros. La peor pifia no es el fechado del rapto israelí de Adolf Eichmann «en la segunda mitad de la década de 1960» (p. 438), o la alusión a la DAIA, representación política del judaísmo argentino, como entidad «israeloargentina» (p. 499), sino la inmortalización de Martín Bormann y del tesoro que éste habría enviado a la Argentina. Salta a la vista que Corrêa vuelve varias veces sobre Bormann, evitando pronunciarlo definitivamente muerto. Para ello transcribe sin tuteos aseveraciones caducas de distintos periodistas, insertando entremedio (no como colofón, tal como acertadamente hizo

la periodista María Cruz de la Cerda), una escueta mención del examen de ADN que determinó que restos hallados en Berlín a comienzos de los años 70 eran de Bormann.

Y en lo concerniente al expolio a las víctimas del nazismo que Bormann habría acordado depositar aquí antes de acabada la guerra, Corrêa los inventaría gracias a escritos periodísticos de dudosa solidez. Este también obvia el informe de 1998 del subsecretario estadounidense Stuart Eizenstat. Preparado por el historiador jefe del Departamento de Estado, el informe Eizenstat sostiene la inexistencia de registros que avalen la llegada al país de metales y/o piedras preciosas tales, así como también menciona que, acabada la guerra, Hermann Goering, no Bormann, era el principal jerarca que sobrevivió al Tercer Reich. Deletrear esto, que no presupone negar la llegada a la Argentina de otros criminales y hasta 200 kg. de oro pillados en la Croacia pronazi, o bien señalar los errores en los que habría incurrido el Departamento de Estado, elude a este libro.

Lo antedicho permite concluir que los quilates de una labor cualquiera, en este caso la diplomática, no son libremente transferibles a otros ámbitos. Más específicamente, la narrativa de Corrêa aparece comprometida por un apego a datos superados, y su refractariedad a procesar aquello que desentona con ciertas ideas preconcebidas. Esto no sólo desemboca en una reconstrucción que hace caso omiso de la mejor evidencia disponible sobre la Argentina, sino también en desatenciones de hechos relevantes en Brasil. Es legítimo pensar que la

aspiración de «contar todo sin omitir nada» (p. 23) habría requerido tratar la ventaja militar de por lo menos dos decenios que Brasil capitalizó en detrimento de una Argentina reticente a emular su oportuno alineamiento con los Estados Unidos. Lo mismo cabría esperar sobre la más reciente re-nuencia brasileña a investigar si ese país fue recipiente de oro nazi y, por elevación, de más criminales que Joseph Mengele y Franz Stangl, únicos integrantes mencionados de «la cuota de Brasil» (p. 506) en la dispersión de nazis y colaboracionistas.

Por fin, el inicio del libro —esta «crónica del ocaso de mi vida tiene por piedra angu-

lar una aventura de juventud» (p. 11), que Corrêa «revive» (p. 13)—, y las alusiones a sus logros aquí como previos a «James Bond» (pp. 11, 21, 48) facilitan una conclusión. Se ha dicho que la realidad excede a la ficción en la Argentina. La convivencia de ambas en este libro de espionaje, no de investigación o divulgación histórica, obliga a pensar que tomar sin pinzas la visión del país durante la era nazi y temprana pos-guerra ofrecida por un precursor carioca de Bond, sería casi tan arriesgado como encomendarle a un agente secreto surgido de la ficción un historial de la guerra fría exento de elementos novelescos.